

# ¿ACTUAR Y PENSAR GLOBALMENTE Y LOCALMENTE? HACIA UN MOVIMIENTO ROJO-VERDE INTERNACIONAL<sup>1</sup>

James O'Connor

*El editor de CNS, James O'Connor, discute en este artículo las limitaciones del eslogan «pensar globalmente y actuar localmente», y algunas de las formas en que se puede sobrepasar estas limitaciones, a la luz de su tesis siguiente.*

*La desintegración de la Unión Soviética y los cambios geopolíticos e ideológicos que ha causado, ha alterado la naturaleza de la lucha de clases en todo el mundo. Sin el Partido Comunista Soviético, los partidos del resto del mundo han perdido su legitimidad, y su pretensión de ser los líderes de la clase trabajadora. La tensión básica entre el capital y el trabajo permanece, pero la manera tradicional de orientar las reclamaciones de la clase obrera y de las minorías ha cambiado. Sin un modelo o una base de apoyo —las dos posibilidades que los soviéticos ofrecían a las clases trabajadoras de otros países— aquellos que buscan la justicia económica y social han de enfrentarse al capital con nuevas formas de organización y lucha.*

El cambio radical en los centros geopolíticos de poder desde finales de la década de 1980 ha coincidido con el movimiento del capital hacia la globalización y con el declive a largo plazo de la tasa de crecimiento económico mundial. Estas dos tendencias se han intensificado a la vez que el socialismo ha perdido prestigio internacionalmente, y que el dogma del «libre comercio» se

ha convertido en el rey supremo de los tecnócratas económicos mundiales, en el Norte, el Sur y el Este. Al reestructurarse el propio capital de forma global, el poder centralizador de las empresas y bancos internacionales ha tendido lógicamente a reducir los costes de trabajo, energía y materias primas así como el tiempo de rotación del capital. La lenta tasa de crecimiento lleva a los manipuladores del capital multinacional a intensificar la explotación del trabajo. Durante la última década, el desempleo mundial ha aumentado, y las desigualdades en la división de la riqueza y los ingresos se han vuelto más dramáticas. Decenas de millones de personas fueron expulsadas de su lugar de trabajo, de sus pueblos, de sus casas e incluso de sus naciones.

El impacto social de esta tendencia ha sido devastador e, inevitablemente, ha habido resistencia, pero ahora esta resistencia se da sin la experiencia tradicional «roja» y sin los métodos que configuraban su poder a partir de la existencia de una internacional comunista basada en una «superpotencia»: el Estado Soviético.

Simultáneamente, quienes controlan los grandes conglomerados financieros, quienes deciden qué hay que producir y dónde hay que producirlo, han intentado frenar el descenso de las tasas de crecimiento y de ganancia al externalizar cada vez más sus

<sup>1</sup> Agradezco la colaboración al Boston CNS Editorial Group y a los editores de CNS María-Pilar García (Venezuela), Jomo K.S. (Malasia), Saul Landau

(U.S.) y Giovanna Ricoveri (Italia) por su crítica indispensable a un primer borrador de este artículo. Este artículo fue publicado en CNS n. 12, diciembre 1992.

costes de producción hacia el ambiente. Las prácticas del capital se han globalizado; el aire, la tierra, el agua y las diversas formas de vida mantenidas por esos elementos, así como la lucha de clases, han sufrido un cambio. Con la destrucción ecológica y la llegada de la crisis ambiental global, las comunidades locales y las ONGs se han convertido en movimientos verdes, paralelos y a veces coincidentes con las luchas obreras, como fuerzas de resistencia al capital.

Los «rojos», cada vez más han ido adoptando alguno de los discursos «verdes», y los «verdes» se han inclinado más hacia la izquierda. Muchos sindicatos obreros y partidos socialdemócratas están discutiendo los postulados verdes, con especial atención a los lugares de trabajo y a la salud ambiental de la comunidad. Muchos grupos ecologistas de la base están adoptando los postulados de justicia social y económica. Y cada vez aparecen en más países partidos verdes de izquierda (el más conocido es los Verdes alemanes). Se pueden ver los rasgos de un movimiento rojo-verde, en el Norte y en el Sur, con organizaciones, movimientos e ideologías desde las más sectarias hasta las más abiertas y fluidas políticamente<sup>2</sup>.

La cuestión que se plantea es si se puede organizar un movimiento rojo-verde *internacional*, es decir una respuesta coordinada al capital global que inicie nuevos estilos de vida democráticos, racionales ecológicamente e igualitarios económica y socialmente. ¿Se pueden unir teórica y prácticamente las cuestiones económicas, sociales y ecológicas de forma que puedan dar un camino y una visión de futuro alternativa? ¿Se pueden superar la estrategia del capital de «divide y vencerás» que enfrenta los trabajadores a los ambientalistas, los trabajadores urbanos a los pequeños agricultores, los hombres a las mujeres, las mayorías a las minorías oprimidas, y por último, aunque no menos importante, el Norte al Sur? Una respuesta positiva a estas preguntas requiere que los verdes (y los ro-

jos), no sólo «piensen globalmente y actúen localmente», sino que también «piensen localmente y actúen globalmente», y además «piensen y actúen tanto global como localmente». Durante algunos años el eslogan «piensa globalmente, actúa localmente» ha facilitado la existencia de movimientos pacifistas en EE.UU. y en otros lugares, campañas anti-nucleares e incluso movimientos de solidaridad. Para los verdes, «piensa globalmente y actúa localmente» significa «piensa en los efectos en el ambiente global que tiene lo que tú estás haciendo». De hecho, cada localidad puede contribuir un poco a evitar el agotamiento de recursos organizando programas de reciclaje; puede reducir la contaminación de los océanos pidiendo un tratamiento de los residuos municipales; puede ahorrar energía dando subsidios para la calefacción con energía solar y desanimando el uso de automóviles —por dar tres ejemplos. En todo el mundo, los bioregionalistas trabajan para conseguir una mayor autosuficiencia económica y una menor alteración de los ciclos hidrológicos; los grupos locales antinucleares y las campañas contra los residuos tóxicos luchan por la reducción en el origen; y los movimientos verdes de ciudades proponen el transporte público y una mayor densidad urbana contra la suburbialización, el uso de biomasa local para las necesidades de alimentación y energía, y la redistribución de agua hacia los pequeños agricultores locales. Estos ejemplos muestran que el pensamiento verde se extiende, y que los movimientos verdes locales tienen perspectivas regionales, nacionales e internacionales.

El problema básico de los verdes es que no tienen un método para transformar lo «local» en «global», para pensar sobre las maneras en las que lo local está influido por lo global, ni en otras cuestiones similares. Por ejemplo, en el significado de «la especificidad del lugar», que los verdes definen en términos de sistemas ecológicos y espacio físico, más que por la escala de reproducción de la existencia material y social

<sup>2</sup> Ver la sección con el título «Red Green Politics», en CNS n. 7, junio 1991; CNS n. 8, octubre 1991;

CNS n. 9, marzo 1992; CNS n. 10, junio 1992; CNS n. 12, noviembre 1992.

«local». Los verdes no discuten la creciente centralización del poder económico y político, y por tanto no entienden por qué «los ambientes locales» son víctimas de la reestructuración y el cambio económico y político globales.

El contraste entre las buenas intenciones y los efectos negativos no intencionados de las acciones locales se agudiza. La lucha contra los residuos tóxicos en el Norte es un buen ejemplo. Uno de sus efectos no intencionados es aumentar la exportación de venenos hacia el Sur y hacia las colonias internas del Norte (aunque esta lucha también puede enlazar con las luchas de otros lugares y adquirir una dimensión global). Los programas locales de reciclaje de papel son otro ejemplo: al debilitar el mercado de pasta de papel, se estimula a las compañías papeleras a rebajar los costes con prácticas forestales ecológicamente dañinas y a retrasar las mejoras técnicas que reducen la cantidad de contaminantes en los ríos. Los programas de reciclaje también son víctimas del discurso capitalista sobre residuos, que privilegia los aspectos económicos sobre los sociales o ecológicos; por ejemplo, las latas de aluminio de gran valor fueron las primeras candidatas al reciclaje en los EE.UU. El actuar globalmente implica entender los efectos no intencionados de las prácticas verdes, y significa saber cómo y por qué se dan en primer lugar los problemas ecológicos, como resultado de las fuerzas económicas y políticas nacionales e internacionales.

«Pensar globalmente y actuar localmente» ayuda a los verdes a sentirse mejor, es un principio ético a la vez que práctico, pero puede llevar al auto-engaño ya que pensar globalmente no es lo mismo que actuar con una estrategia global. Los rojos históricamente se han orientado hacia las relacio-

nes sociales de producción y de poder, ignorando las relaciones entre la sociedad y la naturaleza; los verdes han puesto más énfasis en estas últimas relaciones en detrimento de las primeras. Lo «verde» a menudo parece una simple inversión histórica de lo «rojo».

Al decir: «pensar localmente, actuar globalmente», obligamos a los verdes a desarrollar su discurso global sobre la destrucción y reconstrucción ambiental. La pregunta ¿cómo forma el capitalismo mundial localidades?, es muy importante porque la mayor parte de las localidades son fragmentos de la división del trabajo a escala global. En lugar de marcar el dualismo entre lo global y lo local, los verdes tienen que entender que las localidades existen unas en relación con otras y también dentro de la totalidad de la economía internacional<sup>3</sup>. Las localidades particulares adquieren autodefinición, tanto cultural como ambiental, mediante formas constituidas por el capitalismo mundial. La vida de los bosques tropicales, y el valor que los verdes le dan, depende no sólo de las condiciones de producción en los bosques del Sur y del Norte, sino también de toda la oferta y demanda mundial de productos de forestales, lo que a su vez depende de muchas conexiones complejas entre las ganancias, las tasas de interés, y la deuda; la industria de construcción en el mundo; las luchas sindicales; las acciones ambientales para salvar los bosques tropicales y los árboles viejos en el Norte; y los cambios técnicos en la industria forestal.<sup>4</sup> Volvamos al ejemplo del reciclaje local de periódicos. Sus efectos dependen del discurso generalizado sobre la reducción de residuos, del reciclaje en otras comunidades, de las estructuras de precios que tal vez no igualen el precio de coste del papel reciclado y de los productos de la in-

<sup>3</sup> Por ejemplo, la centralización del capital financiero y la administración de empresas en Nueva York, Londres, París, Tokyo y Frankfurt, ha ido de la mano de la descentralización del capital productivo o industrial, así como de la internacionalización de la producción de fruta y vegetales frescos para los mercados caros en esas y otras «ciudades mundiales». Otro ejemplo: cuando hace años Fidel Castro describió La Habana como la cabeza hinchada del cuerpo raquítico

de Cuba, podía haber estado describiendo las relaciones mutuamente constitutivas entre la ciudad y el campo de cualquier lugar del mundo.

<sup>4</sup> John Bellamy Foster, «The Limits of Environmentalism Without Class: Lessons from the Ancient Forest Struggle in the Pacific Northwest» *CNS* n. 9, marzo 1992; Herb Thompson, «The Forestry-Logging-Timber Industry in Papua New Guinea» *CNS* n. 11, septiembre 1992.

dustria papelera. Actualmente la mayor parte de periódicos «reciclados» va a parar a los vertederos y no a la industria papelera. El potencial de energía solar de una localidad particular depende no sólo de su clima local sino también de la composición de clase y de raza de la comunidad, de la tasa de explotación de los combustibles fósiles, de la situación de las rivalidades interimperialistas en los países productores y consumidores de petróleo, de la monopolización de energía solar por las grandes compañías eléctricas, y de otras estructuras y procesos apenas comprendidos incluso por los propios activistas solares<sup>5</sup>.

«Actuar globalmente» tiene otro significado, dado el desarrollo del capital desigual y combinado, la destrucción social y ecológica, y las grandes desigualdades entre el Norte y el Sur. El capitalismo del Norte siempre ha actuado globalmente respecto al Sur, con el propósito de extraer materias primas, energía y mano de obra baratas, y así lo han entendido los nacionalistas y revolucionarios del Sur. Actualmente, los movimientos verdes del Sur entienden el peligro que significa la marginación económica y la segregación social, y actúan cada vez más globalmente con respecto al Norte. Por ejemplo, en el Foro Global en Río, algunos grandes países del Tercer Mundo se enfrentaron a las propuestas de ONGs del Norte del tipo «lo pequeño es bonito», pidiendo en cambio la transferencia de tecnologías para proyectos industriales seguros y sostenibles. La distancia entre las ONGs de las dos partes del mundo era tan grande como entre los gobiernos del Primer y el Tercer Mundo. Muchas ONGs bien intencionadas del Norte hacen hincapié en modelos agrícolas comunales sostenibles, en el renacimiento de las tecnologías indígenas, y en el cambio de deuda por naturaleza, lo que legítima, aunque sea sin querer, la división del trabajo existente y la miseria del Sur disimulada tras la «lucha común» por un ambiente mejor.

«Actuar globalmente» implica pensar y actuar no sólo contra las prácticas ecológi-

ca y socialmente dañinas de una empresa o industria particular sino también contra las instituciones globales cuyas decisiones afectan a las vidas de cientos de millones de personas. Los objetivos clave son el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el GATT y las nuevas uniones regionales (la Comunidad Europea, el Área de Comercio Libre en Norte América, y el informal imperio financiero del Japón en Asia). Sus políticas con respecto a la deuda del Tercer Mundo y los «ajustes económicos», la inversión en infraestructura, y las reglas que gobiernan el comercio mundial y regional han causado grandes daños ecológicos y miseria humana<sup>6</sup>.

«Actuar globalmente» significa hacer que el FMI y otros organismos no democráticos de la economía mundial sean responsables en sus políticas y programas, y pedir que las políticas futuras se orienten a las necesidades de las personas y de las frágiles ecologías del planeta, más que a los intereses de bancos centrales, ministerios de economía y propietarios privados de monopolios financieros. Los verdes podrían revivir las manifestaciones militantes organizadas en Alemania contra las políticas del FMI y del Banco Mundial hace dos años. Podrían pedir que el FMI se convirtiera en un organismo elegido —como paso hacia la democratización del suministro de dinero—, que limitase el daño que banqueros mundiales y ministros de hacienda pudiesen causar a la gente y a la naturaleza. Esta lucha política contra los pilares del capitalismo mundial requiere un nuevo tipo de movimiento ambiental, un movimiento verde y rojo, que sintonice con las luchas y las necesidades de las mujeres, las minorías y las nacionalidades oprimidas en el Norte y en el Sur. Es un trabajo difícil. Pero, ¿cuáles son las alternativas? Si la política verde no tiene una estrategia global, las luchas locales y las alternativas ecológicas continuarán teniendo «éxito», pero crearán más efectos negativos no sospechados y no alcanzarán los centros de poder del capitalismo global.

Una estrategia política global no debería

<sup>5</sup> Robert Marotto, «Subtexts of Solar: Community and Conservation in the Solar Capital» *CNS* n. 5, octubre 1990.

<sup>6</sup> Gail Omvedt, «Fount of Plenty or Bureaucratic Boondoggle? The Narmada Project» *CNS* n. 12.

devaluar los movimientos y acciones locales, sino que debería darles más valor político en esta coyuntura en que la ganancia y el poder cada día son más centralizados y menos democráticos y en que los peligros ecológicos y humanos aumentan. De hecho ya hay un movimiento internacional. Millones de personas participan en luchas sociales y ecológicas en docenas de países y entienden las conexiones locales entre los problemas del uso de la tierra, el transporte, el suministro de agua, la contaminación del aire, la degradación del suelo, la congestión urbana, la salud y la pobreza incluyendo las dimensiones particulares locales respecto al género y la raza. Decenas de miles de activistas se dan cuenta del papel central del capital global y las instituciones internacionales dominantes en la destrucción de la gente y la naturaleza. Cientos de autores han descrito las formas en que las localidades particulares están constituidas por el capital global y la política internacional.

Sin embargo, muchos grupos locales no conocen la existencia de otros grupos locales en otras partes del mundo —un hecho parcialmente remediado en el Foro Global de Río—, y por eso no pueden conocer ni aprovechar las oportunidades de las alianzas estratégicas y tácticas. Muchos activistas para los que está claro el papel destructivo del FMI y de otras instituciones internacionales no están en contacto entre sí. Y muchos autores que entienden que las «localidades» particulares son parte integrantes de un todo «global» no se leen entre

sí. Para desarrollar y reforzar los lazos entre los grupos locales, los activistas y los intelectuales e investigadores rojo-verdes de todo el mundo hace falta un movimiento internacional, una «quinta internacional». Esta nueva internacional tendría una comprensión profunda de la ecología y de la economía capitalista; en su «línea» se daría tanta importancia a las diferencias como a las similitudes: su propósito sería desarrollar un foco internacional y coordinar una estrategia política global.

Para construir este movimiento hay que dejar de lado la política sectaria y la idea de una «línea correcta», también hay que reunir la experiencia y el conocimiento adquiridos durante dos décadas de luchas ecologistas, hay que darse cuenta que los dueños del capital y de las instituciones económicas internacionales también comprenden que se enfrentan a problemas ambientales globales, y que su futuro económico depende de la renovación de los cimientos ecológicos de la Tierra; por tanto debemos esperar un largo período de retórica acerca del desarrollo sostenible y de reestructuración de las condiciones de producción. Un movimiento internacional rojo-verde debería ser capaz de hacer frente a esta retórica y reestructuración capitalista, y desarrollar tácticas y estrategias críticas y militantes para eliminar las horribles desigualdades del mundo y la terrible destrucción de las ecologías globales. ¿Qué podemos perder? ¿Qué podemos ganar? Las preguntas se responden por sí mismas.

## Una Tierra para todos



**intermon**

FUNDACIÓN PARA EL TERCER MUNDO

Roger de Llúria, 15 - 08010 Barcelona - Tel (93) 301 29 36

CUENTA Nº 02/ 489-11, Oficina 0765, "LA CAIXA"

Erradicar la pobreza es esencial para preservar el medio ambiente. Así actúa INTERMÓN en sus programas de desarrollo para el Tercer Mundo. Trabajamos juntos. Colabora con INTERMÓN.

